

¿UNA EPOCA NUEVA?

POR

MARIO SORIA

Ciertos acontecimientos nadan contra corriente de toda una época. Por lo general, suceden inesperadamente, como prole sin madre, y parecen ser indicio de un cambio tan profundo como clamoroso de las ideas y sentimientos predominantes. Tales son, a nuestro juicio, la elección del cardenal Luciani (Juan Pablo I) y la del cardenal Wojtyla (Juan Pablo II) al trono pontificio, en agosto y octubre de 1978, respectivamente. No menos significativa es la caída del régimen de Mohamed Reza Pahlévi, emperador del Irán. En este último caso, al derrumbamiento imperial siguió la instauración, el primero de febrero de 1979, de una teocracia cuyo más ilustre representante es el imán Jomeini. El ascenso de Luciani al papado provocó un entusiasmo tan grande, una explosión de fe y de alegría de tal intensidad, que sorprendió a todo el mundo, puesto que poco tiempo antes la vida cristiana estaba aletargada, si no moribunda. El pontífice actual, a pesar de los años transcurridos desde entonces, no ha dejado que decaiga el fervor; al contrario, lo ha fomentado empleando formas muy poco usuales para la solemnidad vaticana. ¿Y cómo interpretar lo sucedido? ¿Se trata de una revolución política pasajera o rebasa la simple historia, tocando una profundidad que, por lo general, han olvidado nuestros contemporáneos?

Antes de responder, dirijamos nuestra mirada hacia otro lado.

Hace no más de dos decenios, la crisis de los seminarios católicos vació muchos de estos establecimientos. La experiencia de régimen abierto, vulgo, relajación de la disciplina; la secularización creciente, incluso de sociedades que hasta hacía poco habían resistido los embates liberales y marxistas; el menor atractivo de una profesión o género de vida muy poco lucrativo e influyente, y con el que competía victoriosamente la enseñanza de universidades y academias, dieron al traste con la enseñanza teológica, que para colmo vióse alterada por infinidad de teorías heterodoxas, a las cuales no ponía coto la autoridad competente. Hoy, en cambio, vuelve a aumentar el número de candidatos al sacerdocio, al menos en diócesis como Toledo, cuyos seminarios

son dechado de doctrina recta, régimen formal y piedad. (Nos referiríamos al seminario de Econa, también atestado de alumnos, pero más vale no mentar la sogá en casa del ahorcado.) ¿Cómo interpretar, pues, este remozamiento de algunos gimnasios religiosos? ¿Se debe solamente a la desocupación juvenil, que recluta discípulos de teología de entre los ingenieros, médicos o veterinarios frustrados, sujetos sin oficio ni beneficio? ¿O se llenan las aulas porque la fe vuelve a encender el espíritu hastiado de quienes saben no existir placer que no se les brinde, ni ley moral que no puedan conculcar, ni halago que le rehúsen los demagogos? (1).

En otro orden de cosas, un interesante documental, «La espada del Islam», hecho por la compañía cinematográfica inglesa «Granada», explica el entusiasmo que despierta Jomeini entre los universitarios y la población en general de Persia, Egipto, Túnez o Marruecos, atribuyéndolo simplemente al resentimiento de la clase media baja, incapaz de gozar de las ventajas que le ofrece la civilización occidental. La zorra de la fábula decía que las uvas estaban verdes; estos despechados —según la película— intentan quemar el viñedo. El documental, trujamán de sus financiadores, pone tales tesis en boca de militares y escritores norteamericanos, y de catedráticos y periodistas egipcios. Sin embargo, tan sutil interpretación no es la única. En ciertos casos, varía la aclaración. Así, el ardor de los chiítas libaneses lo concibe la película de marras exclusivamente como efecto de los desafueros judíos y palestinos en aquella región. Pero a nadie se le ocurre pensar —retornando a Irán— que un pueblo irritado por las reformas antitradicionalistas de Reza Pahlevi y por la persecución que sufrieron los contrarios a la occidentalización de su patria, sintióse obligado a defender un legado religioso que valía a sus ojos infinitamente más que los supermercados,

(1) Este aumento de vocaciones no se advierte solo en algunas regiones católicas. También la Iglesia griega ve profesar en sus monasterios a numerosos jóvenes que, lejos de pedir la mitigación de la vida monástica tradicional, adoptan la forma más rigurosa de la misma (Padre Plácido Descille: «Etapas de un peregrinaje», en *El Mensajero Ortodoxo* (versión francesa) núm. 95 (1984), pág. 84).

el materialismo dialéctico, la emancipación femenina, la reforma agraria o los actores de Hollywood. Y aún menos se les ocurre a los sabios dilucidadores que es contagiosísimo el entusiasmo religioso, incapaz de detenerse ante cualquier frontera, y que nadie predicó entre los chítas con mayor eficacia que la implacable policía imperial, puesto que no solo para el cristianismo, sino para toda religión es válido aquello de que la fe prospera con la sangre de los mártires: *Semen est sanguis christianorum* (2). ¿O no es así?

Preguntémosnos francamente: ¿Dudamos en contestar o ya antes de formuladas las preguntas nos inclinamos a responder de cierto modo? Hallándose en su apogeo las explicaciones sociológicas y económicas, así como el pansexualismo, el fenómeno religioso no se escapa de esa red de conceptos que a menudo solo consisten en una huera palabrería, en terminajos tales como protocapitalismo, capitalismo financiero, socialismo utópico, revisionismo, burguesía inferior, feudalismo (3), apropiación capitalista, división del trabajo, alienación sexual, represión, etc., vocablos que quizá un día significasen algo, pero que hogaño constituyen una escolástica más dañina todavía que ese terminismo de fines del siglo xv, que denigraron por bárbaro, pedante y estéril los mejores ingenios del renacimiento; escolástica, sin embargo, adecuada para no pensar, que usa las palabras igual que comodines significativos, y eficaz para la disputa *ad hominem*.

(2) Tertuliano: *Apologeticum*, cap. 50, § 13, París, 1961.

Particularmente respecto de los chítas, sectarios de una religión exaltadora del sufrimiento y de la muerte, resultan ciertas las palabras del apologista africano.

(3) El término «feudalismo» lo emplean los marxistas no en el sentido usual, para designar el régimen de vasallaje y servicio mutuo de las diversas clases sociales tal como existió en Occidente, sobre todo durante la edad media, sino para calificar peyorativamente cualquier forma de gobierno o sistema social que no sea la república liberal o la dictadura comunista. De esta forma, en la historia china, por ejemplo, el «feudalismo» abarca desde el año 475 a. C. hasta 1912; el régimen nacido entonces es «semifeudal» y termina en 1949, cuando se instaura la llamada «sociedad socialista» (*Breve diccionario chino-español*, págs. 969 y sigs., Pequín, 1983).

A todos nos han convencido más o menos de la decadencia religiosa, decadencia quizá inevitable. La experiencia de cada cual y las ideas predominantes nos persuaden de ello. Esta es la razón de que, cuando aflore la creencia en Dios, la atribuyamos a causas extrarreligiosas. ¿Quién no ha calificado de fruto de la ignorancia el integrismo musulmán? ¿Quién no ha considerado el cristianismo griego, polaco o irlandés como híbrido monstruoso de religiosidad y nacionalismo? Si en Rusia encierran en manicomios a los demasiado celosos de su fe, en nuestro hipócrita y corrompido Occidente no es raro escuchar que un tratamiento psiquiátrico adecuado hubiese curado muchas santidades que eran solo fruto de la histeria, cuando no de la esquizofrenia. Los propios creyentes sonrían escépticos si les refieren prodigios de otro tiempo, por muy bien documentados que tales hechos estén, o tildan de egoísmo la vida contemplativa. Lo cual no impide que esos mismos cristianos hipercríticos acudan en manadas a venerar —pongamos por caso— al padre Pío, ensalcen sus estigmas y hasta le pidan consejo, a él, un franciscano, y no al psicoanalista famoso.

Parecidamente, los ateos, ¿no han terminado inclinándose ante hechos incontrastables? Admitir la importancia que tiene la ortodoxia rusa por parte de un régimen cordialmente anticristiano, ¿es solo una artimaña para ganar un poco de prestigio y hacer olvidar viejos horrores? ¿No será admitir, por fin, la existencia de una fuerza tan profundamente arraigada en el pueblo, que ni las mayores persecuciones han podido destruirla? Y las multitudes occidentales, esas que en Europa y en las urbes americanas corren en pos del placer y el dinero, ¿con qué facilidad cambian de itinerario y encuentran tiempo, siempre que se trate de presenciar apariciones milagrosas, fenómenos extraordinarios, revelaciones que a menudo solo son fantasías de ínfima calidad! ¿Muchedumbres engañadas por un resto de superstición, que van en pos de lo sobrenatural hipotético como ocuden a la feria y al circo a ver criaturas deformes o hazañas de un tragables? ¿Quién lo aclarará? Y otras actitudes del hombre actual, concretamente la difusión de las toxicomanías, ¿no dejará

traslucir, como el reverso de una tela su anverso, el deseo desviado de Dios, una inquietud irreprimible, un afán de felicidad y una curiosidad que nada puede saciar? ¿No alentará en el fondo del vicio el afán de aprehender inmediatamente la realidad última del mundo? Supuesto que no sea el consumo de fármacos nada más que una moda nacida de la imitación estúpida, moda mucho más dañina que los cabellos largos o las chaquetas claveteadas.

Cuántas veces descubre uno, asombrado, la religiosidad de personas cuyas aficiones, género de vida y preocupaciones materiales no harían sospechar la existencia de una fe profunda, casi pudorosamente oculta. En otras ocasiones advertimos, no menos sorprendidos, la conversión de quienes vivieron largo tiempo despreocupados de cuanto atañía a Dios, hostiles incluso a cualquier consideración de esta índole, conversión que no suele ser la metanoia clásica, que trastorna en un instante la vida entera, como la transformación fulminante de San Pablo o la iluminación de San Francisco de Borja, sino una sutil mundanza de gustos, ideas y tendencias, igual que la lenta maduración de un fruto en el fondo del alma, con sus avances y retrocesos, su imprecisión, pero también sus pensamientos y sentimientos nuevos. ¿Acción persistente, discreta, callada, de una gracia peculiar? ¿Producto del tedio, cambio de la edad, influjo de las circunstancias sociales?

Si nos asomamos a un campo distinto, no quedaremos menos perplejos.

Un fenómeno sorprendente (muy documentado antaño y expresado de manera gráfica mediante la aureola), la luminosidad o fosis de ciertas personas eminentes en santidad, tampoco es una rareza en nuestro tiempo ni en el pasado inmediato. Señaladamente el cristianismo oriental identifica luz y santidad. «Transfigurados por la santidad — escribe el sacerdote servio Justino Popóvich—, siempre irradian los santos la luz llena de gracia, luz que a veces, conforme a la voluntad divina, puede hacerlos brillar como el sol» (4). Pero también entre los místi-

(4) «El combate por Cristo», en *El Mensajero Ortodoxo* núm. 106

cos indios se observa el portento. De Ramakrishna extático refiérese que despedía de todo el cuerpo un resplandor dorado (5). ¿Habrá que atribuir tales prodigos a un mero aumento de la presión arterial y la oxigenación de los tejidos, epifenómeno de una plegaria intensa, reduciendo ese fulgor inusitado a un proceso fisiológico, teóricamente reproducible en el laboratorio? ¿O es el efecto somático mucho más, vale decir una especie de rebotar de la gracia en el cuerpo, una espiritualización de la materia animada?

En ocasiones nos enfrentamos no con una convicción ardiente, ni con fosis, estigmas o portentos similares, sino con un prodigio sucedido fuera del hombre, en el mundo material: nos enfrentamos con lo que vulgarmente se llama milagro y es una alteración presunta de las leyes naturales. Dos ejemplos ilustrarán lo que decimos. Uno es la denominada «danza del sol», que el 13 de octubre de 1917 observaron en Fátima setenta mil personas; otro, similar, ocurrió el 12 de abril de 1986, en el santuario de Tres Fuentes o Tre Fontane, cercano a Roma; el espectáculo del sol palpitando, cambiando de forma y color, arrojando inmensos haces de luz, lo cinematografió un técnico de la televisión italiana (6). ¿Alucinación colectiva, nacida de un estado de ánimo propenso a ver maravillas? ¿Una rareza meteorológica, juzgada erróneamente por un gentío sugestionable?

(1987), pág. 47. —Un testimonio actual de este prodigio, en la revista citada, núm. 95 (1984), págs. 42 y sigs. La fosis se realizaba en la persona y alrededor del monje ruso Agustín, muerto en 1965—. El Catolicismo tiene también varios testimonios similares referidos a San Ignacio de Loyola, César de Bus, la señora de Lestonnac, etc.

(5) Solange Lemaitre: *Ramakrishna* (versión alemana), pág. 78, Edit. «Rowohl», 1963.

(6) Diario *Il Tempo*, de 18 de abril de 1986. Traducción inglesa de la crónica, en la revista *Puntos de Vista* («Approaches»), núms. 93-94 (1986). Se celebraba misa en el santuario, donde ya se habían dado curaciones sorprendentes y visto prodigos solares; había unas tres mil personas presentes; en el momento de la consagración, comenzó el sol a cambiar de forma y color, para después emitir gigantescos haces de rayos y mostrar como una pulsación de toda la esfera luminosa. Cuatro fotografías del portento publicó el diario citado.

Puede ser; pero entonces también hay que admitir que incluso los artilugios ópticos se contagian del fanatismo y la ilusión.

¿Existe un criterio para dilucidar el problema? Tal vez, sí.

La religión, considerada no en su origen y naturaleza, sino solamente como fenómeno describible, consiste para un observador imparcial en una serie de hechos irreducibles a cualesquiera otros. El método fenomenológico, tal como lo entiende Hússerl y lo aplica Schéler precisamente a la relación del hombre con lo absoluto, es una especie de refinadísimo positivismo, sin los prejuicios del primitivo (7). Este método, abstrayendo, analizando y pormenorizando los dogmas, acontecimientos, experiencias, instituciones religiosas, etc., tiene que descubrir la evidente especificidad de su objeto, su diferencia radical respecto de otros acontecimientos, experiencias, etc., aunque esto no impida el vínculo de tales hechos específicos con hechos de especie distinta, bien sea de abajo hacia arriba, vale decir la influencia de lo económico o social en lo religioso, sino también a la inversa, tal como intentan demostrarlo Max Wéber y sus seguidores (8). Con todo ello no se prejuzga la verdad o false-

(7) Hússerl: *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, pág. 52, México, 1949. Schéler emplea este método para determinar el «puesto del hombre en el cosmos», la «esencia de la simpatía», etc. También Eduardo Spránger lo usa en su caracterización de las «formas de vida»; entre otras, la «forma de vida» del hombre religioso.

(8) Según la célebre tesis del economista de Erfurt, fue el calvinismo el gran motor del desarrollo capitalista. Teoría, pues, antitética del marxismo clásico. Empero, a nuestro juicio, mucho antes de predicar Calvino sus ideas ya florecía el capitalismo en algunas ciudades europeas meridionales, en Flandes, en Angsburgo, en Amberes, en la confederación hanseática, siendo el préstamo con interés, instrumento fundamental de dicho sistema económico, práctica corriente entre un sinnúmero de comerciantes, a despecho de las prohibiciones canónicas. Porque usura consideran entonces canonistas y moralistas toda remuneración del capital dado a crédito: *Usura est lucrum e mutuo ratione mutui*, según el maestro Alejandro de Alejandría, teólogo escotista muerto en 1314 (citado por Renato Taveneaux: *Jansenismo y préstamo con interés*, pág. 21, París, 1977), con cuya definición coincide totalmente la de Benedicto XIV, en su encíclica *Vix pervenit*, de 1745 (Dénzinger-Bánnwart: *Enchiridion symbolorum*;

dad del hecho en sí, sino solo su existencia autónoma. Y quizá este método, abstractivo, analítico y descriptivo, sea más propio, en un tiempo alejado de la metafísica, para probar la peculiaridad del fenómeno religioso con la misma certeza con que se aprehenden los procesos políticos o los acontecimientos de la economía. Huelga señalar que esta caracterización no es más que el paso primero. Después habrá que establecer la procedencia del hecho religioso, su verdad en toda la extensión de la palabra, no solo su existencia empírica.

Limitémosnos ahora a verificar la probabilidad de una especie de renacimiento religioso, renacimiento contrario a las ideas en boga, y precisamente más atractivo por esa valentía de hacer rostro, de izar una bandera que ya muy pocos saludan, de esperar contra toda esperanza, como recomendaba San Pablo. Y acaso la primavera incipiente llegará a ser opulento verano, cuyos frutos cosecharán nuestros nietos.

§ 2.546, Barcelona, 1967). Tan extendido hállase el comercio del dinero, que es uno de los pecados contra los que truenan los predicadores italianos del siglo xv (Pastor: *Historia de los Papas*, vol. V, págs. 140 y sigs., Barcelona, 1950). De Génova dice Fernando Braudel que se convierte en 1560, y no por influencia del calvinismo, sino como consecuencia de un proceso económico general, en metrópolis del capitalismo europeo, hasta el extremo de afirmarse que no es la ciudad sino un enorme banco (Braudel: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, vol. I, pág. 260, México, 1953). Cuantiosos son los préstamos de los banqueros genoveses al muy católico Felipe II, préstamos que se aseguran con rentas públicas, monopolios y privilegios comerciales. Los Fúcares o Függer, católicos, apodéranse, gracias a sus empréstitos a Carlos V y su hijo, campeones ambos del antiprottestantismo, de la explotación de las minas de Almadén y de Guadalcanal, y de la explotación y administración de los vastos territorios de las órdenes militares (*Op. cit.*, 426). Etc. Huelga decir que a banqueros y empresarios no los mueve la simple satisfacción de sus necesidades, sino el espíritu capitalista típico, o sea, el afán lucrativo, el deseo de recuperar con creces la inversión de capital o de hacerla lo más provechosa posible.

La tesis de Wéber quizá proceda de un examen limitado a los escritos teológicos, sin contrastarlos con la realidad, y quizá también del prejuicio tácito que Osvaldo Spéngler lleva a extremos grotescos en sus *Días decisivos*: el de proceder exclusivamente del norte ario cuanto de importante y «progresivo» ocurre en Europa.